

María dijo «sí»

Retiro espiritual para Laicos

❖ *«El que hace la voluntad de mi Padre, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mat 12, 50)*



*Santa María de la Esperanza,
mantén el ritmo de nuestra espera,
mantén el ritmo de nuestra espera.*

Nos diste al esperado de los tiempos,
mil veces prometido en los profetas.
Y nosotros de nuevo deseamos
que vuelva a repetirnos sus promesas.

Esperaste cuando todos vacilaban
el triunfo de Jesús sobre la muerte.
Y nosotros esperamos que su vida
anime nuestro mundo para siempre.

En los retiros de este año vamos a seguir algo del camino interior que vivió la Virgen María, la madre de Jesús, junto a su Hijo y a la Iglesia naciente. Desde que le concibió en sus entrañas hasta que por fin gozó de su triunfo en el primer domingo de Resurrección de la historia, cada uno de los días de aquellos treinta y tantos años tuvieron mucho de camino hacia la Pascua. Sobre todo los tres últimos años que Jesús

empleó en anunciar el Reino de Dios. Todo ese tiempo estuvo entreverado de no pocos disgustos, alguna pequeña alegría, el dolor indescriptible de verle morir ajusticiado y la esperanza inquebrantable en la promesa del Padre. «*Concebirás y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y su reino no tendrá fin*», le había dicho Dios por boca de Gabriel, el enviado. Y, aunque las apariencias dejaban mucho que desear, la confianza nunca huyó del corazón de María. A costa, eso sí, de grandes dosis de fe, de esperanza y de amor.

Los relatos evangélicos hablan muy poco de María durante los años de vida pública de Jesús. Es evidente que otras mujeres y no pocos hombres *chupan* mucha más cámara en los Evangelios que la madre, lo cual pone de manifiesto la exquisita discreción de María; supo desaparecer para que su Hijo y aquellos a quienes él llamaba fueran los protagonistas de esos relatos. La encontramos, sin embargo, en unos pocos momentos, los suficientes para que pueda llevarnos de la mano en nuestro camino por la vida.

Una madre con motivos para estar preocupada

Cuando María vuelve a aparecer en el relato evangélico, ya han pasado los azarosos y también felices tiempos de la infancia de Jesús. Él ha empezado a predicar y actuar, y empiezan a ocurrir cosas que a muchos les parecían extraordinarias y a la madre no dejan de preocuparle.

2

Aquel buen hijo marchó de casa cuando se hizo mayor; otros hacían lo mismo por aquel tiempo. Pero pronto se oyó hablar de él por Cafarnaúm y también por Nazaret. Cobró un protagonismo poco común. Su predicación llamaba la atención; decían que hablaba con autoridad y no como los escribas y fariseos, que sólo eran capaces de repetir cansinamente preceptos humanos. Hacía curaciones que llenaban de admiración

a las gentes de Galilea; muchos se unían a él, y la clase dirigente empezaba a no ver esto con buenos ojos.

Sus familiares se asustaron y, en una de las ocasiones en las que volvió a casa, quisieron retenerle porque decían que estaba loco. El evangelista dice que «pensaban que estaba fuera de sí».

María no estaba de acuerdo con los demás parientes, pero no podía ocultar que aquellas tensiones entre su hijo y los jefes del pueblo le preocupaban. Se enteró, ¿cómo no?, de que los de Nazaret, el pueblo donde habían vivido desde que volvieron de Egipto, estuvieron a punto de despeñarlo por el barranco después de una penosa disputa en la sinagoga, en la que las cañas se tornaron lanzas, porque no quiso hacer entre ellos los milagros que había hecho en otros pueblos.

¿Qué negros presagios no pasarían por la cabeza y el corazón de la madre durante aquellos primeros meses de vida pública de Jesús? Sin duda que recordaba las palabras del anciano Simeón, cuando llevó a su Hijo al templo para ofrecerlo al Señor, tal como mandaba la Ley:

*«Ahora, Señor, según tu promesa,
puedes dejar a tu siervo irse en paz.
Porque mis ojos han visto a tu Salvador,
a quien has presentado ante todos los pueblos:
luz para alumbrar a las naciones
y gloria de tu pueblo Israel»*

Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo y dijo a María, su madre:

«Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción —y a ti misma una espada te traspasará el alma—, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones».
(Lc 2, 29-35).

¿Fue un piropo o un jarro de agua fría?

¿Es que había empezado ya a cumplirse aquella profecía? Mejor sería hablar con él. Llegó, pues, con algunos familiares donde estaba Jesús, pero había mucho gentío. Acababa de tener un rifirrafe con los letrados venidos de Jerusalén. Le habían lanzado la acusación más vil que imaginarse puede:

«Llega a casa y de nuevo se junta tanta gente que no los dejaban ni comer. Al enterarse su familia, vinieron a llevárselo, porque decía que estaba fuera de sí. Y los escribas que habían bajado de Jerusalén decían: “Tiene dentro a Belzebú y expulsa los demonios con el poder del jefe de los demonios”. (...) Llegan su madre y sus hermanos y, desde fuera, lo mandan llamar. La gente que tenía sentada alrededor le dice: “Mira, tu madre y tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan”. Él les pregunta: “¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?”. Y mirando a los que estaban sentados alrededor, dice: “Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre». (Mc 3, 20-35)

«Mientras él hablaba estas cosas, aconteció que una mujer de entre el gentío, levantando la voz, le dijo: “Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron”. Pero él dijo: “Mejor, bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen”». (Lc 11, 27-28).

4

Sorprendentemente, Jesús, en lugar de agradecer el cumplido, parece rectificar el entusiasmo de la mujer. No era ésta la primera vez que la madre parecía recibir un jarro de agua fría de labios de su hijo. Cuando él fue adolescente y subió por primera vez a Jerusalén, hizo la travesura de quedarse en el templo. Tres días tardaron María y José en encontrarlo y, cuando lo encontraron, su madre no pudo menos de decirle: «Hijo, ¿por qué nos ha hecho esto? Mira que tu padre y yo te

buscábamos angustiados» A lo que él, como sin dar importancia al incidente, respondió: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo tengo que estar en la casa de mi Padre?»

En uno y otro caso María sabía muy bien lo que estaba pasando. Ella sabía, desde el día en que dijo «sí» al enviado de Dios, que el único amor, lo único verdaderamente absoluto, lo único que en la vida merece la pena es Dios, y hacer lo que él quiere es lo que hace dichosos y realiza verdaderamente a los seres humanos. Había aprendido de labios de sus padres el gran mandato de la alianza:

«Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas»

Y había tenido la decisión de pronunciar un «sí» definitivo sobre su vida y su futuro entregándose confiadamente al querer de Dios. Aquellas palabras de Jesús no le resultaban extrañas y mucho menos le dolían. Eran el mejor elogio que el Hijo podía hacer de su Madre, porque nadie como ella fue capaz de entregarse al Padre Dios sin condiciones.

En un tiempo en el que tanto se valora el propio querer y la autonomía personal, la libertad de elegir lo que más apetece por encima de la libertad interior para elegir lo que es bueno y verdadero, aunque no guste o aunque duela, la actitud de María nos interroga y ensancha el horizonte de nuestras decisiones fundamentales:

❖ *¿Para qué sirve la vida? ¿Qué vamos a hacer con ella? ¿Cómo podemos ser felices? La capacidad de María de decir «sí» a Dios, ¿nos ayuda a encontrar en Él el sentido de la existencia humana?*

Tiempo de oración comunitaria

Ahora, podemos rezar juntos el salmo 138. Contempla en él la sabiduría de Dios y su eterna presencia en tu vida. Puedes entregarte a Dios confiadamente porque Él te conoce totalmente, sabe tu historia mejor que nadie, te ama, y comprende hasta tus más íntimos sentimientos. En las manos de Dios, en su amor de Padre que te ha creado, está tu pasado, tu presente y tu futuro. Créetelo: que Dios conozca y ame así tu vida es fuente de paz y de sosiego permanente.

Como piadosa israelita, María conocía este salmo y lo rezaba. Pídele que tus sentimientos al rezarlo tú ahora se unan a los suyos. ¿Cómo rezaría o cantaría María este salmo?

Señor, tú me sondeas y me conoces;
me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.

No ha llegado la palabra a mi lengua,
y ya, Señor, te la sabes toda.
Me estrechas detrás y delante,
me cubres con tu palma.
Tanto saber me sobrepasa,
es sublime, y no lo abarco.

¿Adónde iré lejos de tu aliento,
adónde escaparé de tu mirada?
Si escalo el cielo, allí estás tú;
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro.

si vuelo hasta el margen de la aurora,
si emigro hasta el confín del mar,
allí me alcanzará tu izquierda,
me agarrará tu derecha.

Si digo: “Que al menos la tiniebla me encubra,
que la luz se haga noche en torno a mí”,
ni la tiniebla es oscura para ti,
la noche es clara como el día.

Tú has creado mis entrañas,
me has tejido en el seno materno.
Te doy gracias ,
porque me has escogido portentosamente,
porque son admirables tus obras;
conocías hasta el fondo de mi alma,
no desconocías mis huesos.

Cuando, en lo oculto, me iba formando,
y entretejiendo en lo profundo de la tierra,
tus ojos veían mis acciones,
se escribían todas en tu libro;
calculados estaban mis días
antes que llegase el primero.

¡Qué incomparables encuentro tus designios,
Dios mío, qué inmenso es su conjunto!
si me pongo a contarlos son más que arena;
si los doy por terminados, aún me quedas tú.

Señor, sondéame y conoce mi corazón,
ponme a prueba y conoce mis sentimientos,
mira si mi camino se desvía,
guíame por el camino eterno.

Alégrate, María, llena de gracia: has dicho “Sí” a Dios y has cumplido siempre su voluntad.

R/. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros.

Toda hermosa eres, María, y no hay en ti mancha original. Tu vida entera es admirable y tu rostro resplandece como el sol.

R/. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros.

Bendita eres, Virgen María: sin dejar de ser Virgen fuiste Madre de Dios. Tu honor excederá siempre a todas las mujeres de la tierra.

R/. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros.

Dichosa eres, Virgen María, porque has creído en el anuncio del ángel; se cumplirá en ti todo lo que te ha dicho el señor.

R/. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros.

El Señor te ha bendecido y llenado de su Gracia. Tú eres la gloria de Jerusalén, tú eres la alegría de Israel, tú eres el orgullo de nuestra raza.

R/. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros.

*Madre de todos los hombres,
enséñanos a decir: “Amén”.*

Cuando la noche se acerca
y se oscurece la fe...
*Madre de todos los hombres,
enséñanos a decir: “Amén”.*

Cuando el dolor nos oprime
y la ilusión ya no brilla...
*Madre de todos los hombres,
enséñanos a decir: “Amén”.*